

señal inequívoca de que la violencia reina en todas las relaciones sociales, mejor dicho, no hay sociedad, todo está entregado al capricho de las libertades individuales. El poder del Estado se manifiesta, sobre todo, en la acción de la justicia social. Los Germanos apenas tenían idea de esta justicia; no veían en el crimen una violación del orden moral, sino una simple lesión del interés particular; correspondía, por lo tanto, al perjudicado y á su familia el procurarse reparación por medio de la venganza. La justicia era una guerra que se perpetuaba entre las familias ó se terminaba por un ajuste pecuniario entre los combatientes (1).

Tácito dice que las enemistades de familia son peligrosas, sobre todo en un estado de libertad. La libertad de los Germanos no era otra cosa que la acción desordenada de las fuerzas individuales; temiendo por objeto satisfacer las pasiones del momento, conducía al furor de los combates ó á una vergonzosa ociosidad (2); y para huir el fastidio consiguiente, se entregaban con avidez á los juegos de azar, en los que se engolfaban hasta el punto de jugar su libertad. Tácito, á quien se acusa de idealizar á los Germanos, no oculta el gusto immoderado de éstos por las bebidas fuertes: "Si fomentais la embriaguez, dice, proporcionándoles todo cuanto quieran beber, sus vicios los vencerán no ménos fácilmente que vuestras armas." El consejo que el gran historiador da á los Romanos para subyugar á los Bárbaros se ha aprovechado en los tiempos modernos para destruir á los salvajes embruteciéndolos. Felizmente había en la raza germánica una fuerza más grande que sus vicios: la virtud guerrera salvó á los Germanos y al mundo.

Los historiadores romanos son pródigos de acusaciones contra los Bárbaros. "Su carácter, dice Veleyo, ofrece una mezcla de astucia y de ferocidad; es un pueblo nacido para la mentira," (3). "En la embriaguez de la victoria, añade Tácito, olvidan el derecho divino y el humano." La guerra daba derecho de matar á los cautivos, y ese horrible derecho lo practicaban (4). En lugar de

(1) ROGGE. *Sobre la naturaleza de la justicia de los Germanos*, página 5.

(2) TACIT., *German.*, c. 15, 21, 23.

(3) VELLEJ. PATERC., II, 118.—TACIT., *Annal.*, II, 14.

(4) GRIMM, *Antigüedades del Derecho*, p. 320 y siguientes.

moderar la pasión de la sangre, la religión la exaltaba; y persuadidos de que nada podía ser más grato al árbitro de las batallas que la efusión de sangre humana, los Germanos le sacrificaban los prisioneros. Entre los pueblos del Norte, que llevaban al extremo las virtudes y los vicios de la raza germánica, los templos se transformaron en maderos. Se inmolaban á la vez hasta noventa y nueve víctimas; se inundaban de sangre los edificios sagrados y los ídolos, y hasta se rociaba con sangre al pueblo; en tiempos de escasez, se inmolaban reyes; y los príncipes, para obtener la victoria, ofrecían á Odino la vida de sus hijos (1).

Los escritores alemanes han procurado en vano lavar esa mancha de sangre que afrenta á sus antepasados. Dicen unos que los vencidos eran considerados como criminales é inmolados con ceremonias religiosas. Otros ven en aquellos sacrificios una obra de humanidad: se inmolaba á los prisioneros, dicen, para evitarles el tratamiento cruel de un bárbaro vencedor (2). Esas explicaciones son una ilusión del patriotismo germánico. Los sacrificios humanos eran una consecuencia inevitable de las ideas religiosas de los Germanos. La muerte parecía una cosa tan agradable á los dioses, que los héroes la buscaban en los combates, y hasta se la daban á sí mismos cuando no les alcanzaba el hierro del enemigo; ¿qué cosa más natural entonces que hacer intervenir la muerte en los homenajes que se tributaban á la divinidad? Hay todavía más: la barbarie tenía su misión. Para subyugar á Roma era menester una espada bien templada, así como para devolver el sentimiento de la libertad á un mundo envilecido por el despotismo se necesitaba un pueblo formado en medio de una salvaje independencia. Por más que tengan su razón de ser esos bárbaros elementos, no dejan por ello de constituir actos de barbarie. Para templarla, Dios había levantado la civilización antigua y preparado el cristianismo: aquella enseñó á los Germanos á someterse á la potestad del derecho, y el cristianismo les enseñó la caridad.

(1) GRIMM, *Mitología*, p. 38-40.—MALLET, *Introducción á la historia de Dinamarca*, lib. II.—OZANAM, *Obras*, t. III, p. 92 y siguientes.

(2) LEO, *Compendio de Historia universal*, t. II, p. 9.—PFISTER, *Historia de Alemania*, t. I, p. 246 (de la traducción).

## CAPÍTULO III.

### LA INVASION.

#### § I.—Los Bárbaros dueños del imperio.

##### N.º 1.—Los Bárbaros llamados por los Romanos.

Conocido es el sistema del abate Dubos (1) acerca de los orígenes de la monarquía francesa. Según el ingenioso pero paradójico historiador, la conquista de las Galias habría sido una ilusión histórica: los Francos se establecieron en el imperio, no como enemigos de los Romanos, sino como aliados; sus reyes recibieron de los emperadores las dignidades á que iba anexo el gobierno de aquellas provincias, y por un tratado formal sucedieron en los derechos de Roma. Fácil fué á Montesquieu destruir esa novela (2): "¿Eran los Francos los mejores amigos de los Romanos... los Francos, que les hicieron y que recibieron de ellos daños terribles? ¿Eran los Francos los mejores amigos de los Romanos... ellos, que, después de haberlos subyugado con sus armas, los oprimieron á sangre fría con sus leyes? Sí, eran amigos de Roma, como los Tártaros que conquistaron la China eran amigos de los Chinos." Hay, sin embargo,

(1) DUBOS, *Historia crítica del establecimiento de la monarquía francesa en las Galias*.

(2) Así es como Mably califica la paradoja de Dubos (*Observaciones sobre la historia de Francia*, t. I, p. 116).

en esa paradoja tan vivamente criticada del abate Dubos un hecho verdadero, y es el de que los Bárbaros fueron llamados por los Romanos. Y nada prueba mejor que eso cuán necesaria era aquella inmensa revolución. No obstante, aún hay escritores en el día que deploran la caída de Roma como el mayor de los males que ha podido sufrir la humanidad; que lamentan la civilización romana destruida por pueblos semi-salvajes, y que maldicen la anarquía y la decadencia intelectual, resultado del establecimiento de los Bárbaros. Demostremos é esos escritores que el mundo romano, bajo aquella decantada civilización, estaba agonizante; que para sostener un resto de vida se vió obligado á llamar á los Bárbaros en su ayuda; demostrémosles, en fin, que no fueron los Bárbaros los que invadieron el imperio, que fueron los Romanos los que se le entregaron.

Á la invasión de los Bárbaros se la representa ordinariamente como una inmigración imprevista y súbita de las poblaciones del Norte de Europa y de Asia; pero mucho tiempo ántes del gran movimiento de los pueblos que precipitaron la caída

del imperio en el siglo V, reinaban ya los Bárbaros en el mundo romano. Un poeta galo vió á Roma poco despues de haber sido saqueada por Alarico: "No ha cambiado nada, dijo *Rutilio*; Roma era ya presa de los guerreros vestidos de pieles; ya estaba agarrotada ántes de ser cautiva," (1). ¿Quién ha abierto á los Bárbaros la Ciudad Eterna? Los mismos Romanos. La antigüedad llevaba lo mismo el germen de una muerte inevitable. La Grecia se hallaba en plena decadencia cuando fué conquistada por las legiones romanas. No bien acaba Roma la conquista del mundo, cuando ya comienza su ruina; se siente perecer, y á medida que se debilita, corre á buscar entre los Bárbaros un nuevo elemento de vida. La poblacion se disminuye, y Roma se ve obligada á reclutar sus legiones entre los Bárbaros. Faltan labradores á la tierra, y se llama á los Bárbaros para cultivar los desiertos del imperio. Bien pronto tribus enteras se ven admitidas en el territorio romano, y se establecen en el imperio los que van á ser sus destructores. Los Bárbaros se ponen al servicio de los príncipes cuya plaza van á ocupar; son ya ellos los que hacen y deshacen emperadores; y los mismos hombres que defienden el trono de los Césares vienen del Norte. Así se ve que los Bárbaros llenan las legiones, ocupan el territorio, disponen del imperio; para acabar la ruina de éste bastará un choque. La invasion del siglo V no hace más que apresurar el curso de los acontecimientos.

N.º 2.—*Los Bárbaros en los ejércitos del imperio.*  
*Los Letos (a).*

Tácito dice que los Germanos preferían los combates al trabajo. Poseído del patriotismo enconoso de la antigüedad, el gran historiador revela su alegría á la vista de las guerras en que se desgarraron mutuamente los Germanos, y ve la salvacion de Roma en las discordias de sus enemigos (2). Los votos de Tácito no fueron escuchados; los mismos Romanos fueron á buscar á los Germanos á sus bosques, aprovechándose del espíritu aventurero que impulsaba á la juventud bárbara á en-

(1) RUTIL. NUMANT., *Itinerario*.

(a) Más bien súbditos que siervos, dice HERCULANO, los de la clase más elevada, los *liti, leti, lazzi*, aldiones de los Códigos y monumentos bárbaros, correspondían en general á los colonos romanos. Y esta misma es la opinion de MEYER y la de EICHHORN.—(N. del T.)

(2) TACIT., *German.*, c. 14, 33.

gancharse bajo las banderas romanas. César admiró su valor, y formó cohortes de preferencia con aquellos terribles guerreros que espantaban á los Romanos y á los Galos. Despues de haber conquistado las Galias, se sirvió de ellos en las guerras civiles. En la derrota de Dyrrachium, los Germanos estaban borrachos, pero se cubrieron de gloria en Farsalia; la suerte de la república fué decidida por los Bárbaros.

Desde entónces quedaron los Germanos á sueldo del imperio; y á medida que los Romanos desertaban de las legiones, se iba aumentando el número de los auxiliares bárbaros. En el siglo III, su servicio toma ya una forma regular; figuran ya en las leyes, y los historiadores hacen mérito de ellos con el nombre de *Læti* ó *Letos* (1). Cuerpos enteros de Germanos se establecieron en el territorio del imperio, recibiendo tierras bajo la condicion de servir en los ejércitos romanos. Las leyes de los emperadores hablan del afán de los Germanos por participar de la *felicidad romana* (2): á juzgar por el considerable número de sus establecimientos en una sola provincia, Roma tenía más necesidad de los Bárbaros que éstos de Roma. La *Noticia de las dignidades del imperio* enumera doce campamentos de *Letos* en las Galias: esas colonias militares tomaron un crecimiento tan considerable, que llegaron á formar pueblos: los *Borgoñones* eran *Letos*.

N.º 3.—*Los Bárbaros colonos.*

Las legiones estaban en cuadro, y se llamó á los Bárbaros para defender el imperio. No hay que buscar la causa de ese hecho únicamente en la corrupcion y en la cobardía de los Romanos: es que la poblacion libre y la poblacion esclava se extinguían, y hasta el cultivo de las tierras se veía abandonado; para reclutar legiones era necesario repoblar las campiñas. Los emperadores, al paso que atraían las tribus germánicas por el aliciente del servicio militar, distribuían las tierras desiertas entre los prisioneros que les suministraban alguna

(1) GIRAUD, *Historia del Derecho frances en la Edad Media*, tomo 1, p. 184 y sig.; GUÉRAND, *Politica de Irminon*, t. 1, p. 250 y siguientes.

(2) L. 9, *Cod. Theod.*, XII, 2: "Quoniam ex multis gentibus sequentes romanam felicitatem, se ad nostrum imperium contulerunt."—El abate DUBOS deriva el nombre de *letus* ó *contento* de aquella especie de anhelo (*Historia de la monarquía francesa*, tomo 1, p. 143). Es más probable que *letus* sea una forma latina de la palabra germánica *lato* ó *lyt*, que indica una clase de hombres sometidos á ciertos deberes.

que otra ya rara victoria. Á diferencia de los *Letos*, los colonos perdían una parte de su libertad; y quedando atados al suelo que cultivaban, ni podían enajenarle ni abandonarle voluntariamente. Desde la última mitad del siglo II, Marco Aurelio trasportó á los Marcomanos á diversas comarcas del imperio, con especialidad á los países desiertos de la Italia. El emperador Claudio, llamado el Gótico, repobló varias provincias con labradores de origen bárbaro; y los Romanos se enorgullecían de ver su suelo cultivado por labradores cuya servidumbre recordaba el triunfo de las legiones (1), sin sospechar siquiera que estaban instalando en el imperio á sus futuros destructores. Aureliano trasplantó á la Mesia los antiguos habitantes de la Dacia; y Probo escribía al Senado: "Los Bárbaros cultivan ahora para nosotros, siembran para nosotros... Los bueyes de los Germanos sirven para cultivar las tierras de los Galos, sus rebaños para nuestra subsistencia, sus yeguas dan caballos para nuestra caballería; nuestros almacenes están atestados con el trigo de los Bárbaros," (2).

Sin embargo, la despoblacion aumentaba con la decadencia del imperio. Las necesidades del fisco se acrecentaban con los peligros del Estado; en su miseria, las provincias debían satisfacer dobladas las contribuciones que no habían podido soportar en estado de opulencia; y los agricultores abandonaban los campos. Tal era la situacion del imperio en tiempo de Diocleciano. Este emperador aumentó el mal creando una corte á imágen de la del Oriente; pero quiso remediarle tambien poblando las campiñas de labradores bárbaros; y en esta obra empleó todo el vigor que le caracterizaba á tal punto, que, si hemos de creer á sus panegiristas, los desiertos se convirtieron en campiñas florecientes. Los colegas que Diocleciano se dió para la administracion del inmenso imperio secundaron sus planes; Maximiano estableció á los Francos en las tierras yermas de los Nervios y del país de Tréveris: las victorias de Constancio Cloro obligaron á los Chamabos, á los Frisones y á otros pueblos bárbaros á cultivar, en beneficio de los Romanos, el suelo que habían esterilizado con sus devastaciones. Las Galias fueron las que más se aprovecharon de aquellas trasplantaciones.

(1) TREBELL. POLL., *Vita Claudii*, c. 3: "Nec ulla fuit regio que Gothum servum triumphali quodam servitio non haberet."

(2) VOPISC., *Aurel.*, c. 39; *Prob.*, 15.

N.º 4.—*Los Bárbaros dueños del imperio.*

Tal fué la decadencia del imperio, que los mejores emperadores, los Marco Aurelios, los Dioclecianos y los Constantinos se vieron obligados á entregar las provincias á los futuros dueños de Roma. El mundo antiguo, extenuado, fué á buscar á los bosques de la Germania brazos y armas que le alimentáran y le defendiesen; el imperio no tenía ya de romano más que el nombre y las formas, los Bárbaros constituían toda su fuerza. Los Godos suministraron 40.000 hombres á Constantino, y el primer emperador cristiano venció con los Bárbaros á Licinio en los campos de Andrinópolis y de Calcedonia, donde sucumbieron los últimos defensores del paganismo. De esta manera decidieron los Bárbaros la victoria del Evangelio. Los dos elementos de la civilizacion moderna se hicieron dueños del imperio; ya no restaba más que barrer los últimos vestigios de la antigüedad. Inútilmente procuró Juliano restaurar el helenismo; él mismo se vió obligado á reclutar sus legiones entre los Germanos, porque allí donde está la fuerza moral, está necesariamente el imperio. La sociedad greco-romana se debilita y muere; y conociendo los emperadores que ella no les ofrece ya apoyo, se arrojan en brazos de los Bárbaros. Graciano tenía tanta simpatía hácia ellos como entrañable afecto al cristianismo; no ocultaba el desprecio que le inspiraban los Romanos, y abandonó la toga al mismo tiempo que el manto pontifical, lo cual significaba el repudio de la antigüedad en sus elementos esenciales, la ciudad y la religion. ¡Vengan, pues, los hombres del Norte! ¡El mundo está preparado para recibirlos!

El año 376 un rumor público anunció á Valente que un inmenso movimiento agitaba al Norte; que poblaciones bárbaras, empujadas fuera de su territorio por pueblos desconocidos, cubrían con una muchedumbre errante toda la orilla izquierda del Danubio. Emisarios de los Godos confirmaron aquellos rumores: arrojados de sus vastos dominios por los Hunos, raza salvaje de un empuje irresistible, venían aquéllos á implorar la clemencia del emperador, suplicándole que les dejase cultivar los desiertos de la Tracia y prometiéndole, en cambio, abrazar el cristianismo y defender las fronteras del imperio como auxiliares. Á la noticia de

este suceso, los cristianos de Valente celebraron la dicha del príncipe á quien la fortuna traía guerreros invencibles desde las extremidades de la tierra. Se despacharon agentes encargados de trasportar aquellos temibles huéspedes, con la orden expresa de que ninguno de los futuros destructores del imperio, aun cuando estuviera moribundo, se dejase á la otra orilla. ¡Y todo aquel apresuramiento, exclama *Amiano Marcelino*, todo aquel gran trabajo debía tener por término la ruina del mundo romano! Comisarios destinados al efecto trataron de contar á los Bárbaros en su paso de una á otra ribera del Danubio; pero tuvieron que desistir de aquella operacion, tan imposible, dice *Amiano*, como la de querer contar los granos de arena que el viento del Mediodía levanta sobre las costas del África (1).

La traslacion de los Godos inauguró la invasion de los pueblos del Norte, los cuales poco despues amenazaron á Constantinopla. Teodosio restablece, en apariencia, la majestad del imperio; pero el imperio, en realidad, era de los Bárbaros, los cuales formaban casi solos los ejércitos, hacian emperadores y á veces usurpaban la púrpura. El mundo romano era como un gran palenque en el cual campeaban y se batian los Bárbaros. Ellos habian invadido las más altas dignidades, y sus jefes gobernaban el Estado. Ya se habia visto á un Godo sobre el trono; ¿por qué se habia de rehusar el consulado y el mando de las legiones á los que daban Césares á los degenerados descendientes de los vencedores del mundo? Cuando se leen los nombres de los generales romanos en tiempo del emperador Aureliano, *Hartmund*, *Haldegast*, *Hildemund*, *Karivisc*, se creeria uno en los bosques de la Germania. Galiano alistó en su servicio al jefe de los Hérulos *Naulobat* y le hizo cónsul. Constancio Cloro tenia por compañero de armas al rey de los Alanos, *Eroch*. En el siglo IV no se pueden contar los Germanos que desempeñaron cargos en la corte ó en el ejército. Algunos se vistieron la púrpura, como *Silvano* y *Magnencio*; otros más prudentes, como *Ricimero* y *Argobasto*, la echan sobre las espaldas del primer Romano que encuentran y reinan en su nombre. El Vándalo *Stilicon*, suegro y tutor de Honorio, gobernó el Occidente por espacio de catorce años. Bárbaro de

(1) AMMIAN. MARCEL., XXXI, 4.

genio y capaz de defender el imperio contra los Bárbaros, fué victima de los celos de una corte decrepita. Pero el último dique se rompe, y Alarico ocupa á Roma (1).

Un historiador antiguo acusa á los emperadores de haber apresurado la ruina del imperio al llenar de Bárbaros las legiones (2). Los escritores modernos ven en esa funesta política una de las grandes causas de la decadencia de Roma: "Levantar cuerpos de Bárbaros y hacerlos servir en un ejército romano, ¿acaso no era enseñarles lo que habia hecho á los Romanos señores del mundo, la disciplina militar y el arte de la guerra? Llamar á los Bárbaros á un pais mejor que el suyo, ¿no era infundirles el deseo de ocuparle?" (3). Al hacer ese cargo á los más grandes principes de la Roma pagana y cristiana, se olvida que, si formaron las legiones de Bárbaros, fué por necesidad y no por sistema, toda vez que el reclutamiento en el imperio era imposible. Teodosio, acusado por *Zosimo*, es alabado por un panegirista cabalmente por haber llenado de guerreros escitas las ciudades de la Panonia, desde largo tiempo antes deshabitadas; y, en efecto, lo estaban, así las provincias como la Italia, que se veian arruinadas, de una parte por las usurpaciones de los grandes propietarios, y de otra por el despotismo de los emperadores. La clase media, compuesta entónces de agricultores libres, habia desaparecido; y lo que quedaba estaba tan degradado, que un orador cristiano compara aquellas gentes á mujeres. Los Bárbaros solamente eran hombres (4): sin ellos, el mundo romano habria muerto de consuncion.

Eran ya los Bárbaros dueños del imperio ántes de la invasion que cubrió la Europa de ruinas y de sangre. En presencia de los horrores de la conquista, se pregunta uno con ansiedad por qué la Providencia ha entregado el mundo á los terribles dolores de una devastacion secular. ¿No habrian podido los Bárbaros regenerar la sociedad romana por medio de la fusion pacífica de las razas? No, porque mientras existiese la antigüedad, los Germanos no podrian mezclarse con los Romanos. En medio de su decrepitud y de su miseria, el pueblo

(1) OZANAM, *Los Germanos ántes del cristianismo*, p. 320.—GIBBON, c. 27, 28.

(2) ZOSIMO dirige á Teodosio ese cargo (IV, 30).

(3) DUBOS, *Historia de la monarquía francesa*, t. I, p. 135 y siguientes.

(4) SYNESIUS, *De Regno*.

rey no habia abdicado su orgullo: los emperadores prohibieron, bajo pena de la vida, el matrimonio con los Bárbaros; no sospechaban siquiera que al estorbar la renovacion de la sociedad por la fusion de una sangre extranjera, herian de muerte á esa misma sociedad. Pero, léjos de deplorar la obcecacion de los emperadores, hay que felicitarlos de ella, puesto que contribuyó á salvar el porvenir de la humanidad. Una fusion pacífica no hubiera regenerado la sociedad; los Bárbaros se habrian corrompido al contacto del materialismo antiguo, y hubiesen perdido su energia y sus resortes bajo la influencia deletérea del despotismo imperial. Para devolver la vida al mundo romano, han sido necesarias la invasion y la destruccion.

## § II.—La invasion.

### N.º 1.—Carácter de la invasion.

Los tristes tiempos de la invasion no encontraron historiador; los hombres sucumbian bajo el peso de sus desgracias, y no pensaban en transmitir la narracion de ellas á una posteridad que no esperaban tener: la ruina de Roma les parecia anunciar el fin del mundo. Apénas si nos quedan algunas crónicas donde se encuentran consignados los acontecimientos, año por año. Nada más horrible que esa seca enumeracion de calamidades que se reproducen con una regularidad aterradora: es como el sonido monótono de las campanas cuando doblan. Cada año saqueos, devastaciones, degollacion, hambres, pestes; el suelo está sembrado de ruinas y empapado en sangre, sangre que brota del suelo, dice el obispo *Idacio*, y que corre por espacio de dias y dias (1).

Las escenas de devastacion y de carnicería que inauguran la Edad moderna causan espanto aun despues de quince siglos. ¿Existe alguna razon providencial para esa sangre y esas ruinas? Uno de los grandes genios que honran la humanidad ha tomado á su cargo la causa de la Providencia; *Schiller* sostiene audazmente que la invasion debia ser destructora para llenar su mision. ¿Para qué han venido los Bárbaros? Para regenerar un mundo corrompido, envilecido, que moria por efecto

(1) IDACIUS, *Chronic. passim* (*Maxima Bibliotheca Patrum*, tomo VII).

de sus vicios. Supongamos un conquistador humano, un Alejandro, respetando las costumbres y las instituciones de los pueblos y procurando fundir en una sola nacion á Romanos y á Germanos; ¿qué habria sucedido? Que el contagio hubiera inficionado á los mismos cuya sangre debía renovar la humanidad; en lugar de contenerse, la decadencia hubiera arrastrado á los vencedores con los vencidos, y hubiese habido decrepitud y muerte sin regeneracion. Los Bárbaros siembran la muerte y las ruinas, es verdad; las ciudades se desploman, los monumentos de las artes perecen, las tinieblas cubren la Europa; pero esa muerte aparente es una palingenesia; una civilizacion más bella que la de la antigüedad saldrá de las cenizas de la sociedad romana (1).

Esa justificacion de la Providencia ¿entraña algo de fatalismo? Ya hemos respondido de antemano á este argumento. La invasion pacífica precedió á la conquista y fué impotente para restituir la vida al imperio; á los males que agobiaban al mundo romano añadió uno nuevo: el fisco y los Bárbaros se dieron la mano para arruinar las provincias, y la decadencia continuaba, y avanzaba la muerte. Los Bárbaros abreviaron la agonía; fueron el hierro que cura la llaga, la tormenta que purifica el aire y fertiliza el suelo. Deploremos las desgracias individuales inseparables de la conquista, pero felicitemonos del fin de una sociedad que debía morir.

Sin embargo, esa muerte no es más que una figura; la sociedad romana no fué exterminada: se han exagerado los males de la invasion: "Los Bárbaros, dice San Jerónimo, no dejaron á su paso más que cielo y tierra; despues de la destruccion de las ciudades y de los hombres, el suelo se cubrió de zarzas y de matorrales; los animales, los peces, las aves mismas perecieron. Así se cumplió la desolacion universal anunciada por el profeta." (2). Comprendemos bien el terror que se apoderó de los Romanos á la vista de los terribles hombres del Norte, terror que se ha transmitido á traves de los siglos. Para pintar la invasion, los historiadores andan buscando términos que caractericen los más violentos trastornos de la naturaleza: un terremoto, una inundacion, un incendio. La invasion no fué tan

(1) SCHILLER, *über Voelkerwanderung*.

(2) HIERONYM., *In Jeremiam*, I, 4 (*Opera*, t. III, p. 550).